



JMJ 2011
MADRID

ARRAIGADOS Y EDIFICADOS EN CRISTO,
FIRMES EN LA FE (SAN PABLO)

JESÚS DE NAZARET, ¡MI SEÑOR!

M^ª Isabel Ardanza Mendilibar, ccv

1^ª formación para la
preparación a las JMJ



Índice:

. INTRODUCCIÓN 3

I. VER: Distintos modelos de relación con Jesús de Nazaret. “Y vosotros... ¿quién decís que soy yo? (Mc 8,29) 5	
1. Jesús es un personaje histórico 5	
2. Jesús es un maestro de sabiduría 7	
3. Jesús es un modelo de fe y un referente ético 7	
4. Jesús es mi Señor. Creo en Él y le sigo a Él. Soy cristiana/o 8	

II. JUZGAR: El proceso de la fe en Jesús: búsqueda y don. “¡Señor mío y Dios mío!” (Jn 20,28) 9	
1. El testimonio de los evangelios 9	
2. ¿Qué significa “creer”? 10	
3. Creer en Jesús supone la relación con Él 12	
4. El encuentro con Jesús y la vinculación a Él 12	
5. El proceso de la relación con Jesús 14	
5.1 El acercamiento al Jesús histórico 14	
5.2 Cultivar la relación personal con Jesús 15	

a) Importancia de la lectura antropológica de los textos 17	
b) Centrar la lectura y la oración en la relación personal con Jesús 19	
c) La relación con Jesús va produciendo vinculación y pertenencia 20	
5.3 Clave central de discernimiento: Integrar la autoridad de Jesús 21	

III. ACTUAR: Para la reflexión y el compromiso personal y del grupo. “Queremos conocer a Jesús” (Jn 12,21) 24	
--	--



JESÚS DE NAZARET, ¡MI SEÑOR!

M^a Isabel Ardanza Mendilibar, ccv

INTRODUCCIÓN

Indudablemente, ahora y antes, la identidad nuclear de la fe cristiana se centra en la persona de Jesús. Pero, cada época histórica y cada cultura colorea de diferente manera ese núcleo invariable y plantea sus propios retos al proceso creyente.

En las épocas en que el cristianismo formaba parte del acervo cultural predominante, la creencia ideológica en Jesús constituía un elemento de la identidad sociológica y eso hacía que fácilmente se la identificara con la fe en Él, además de eliminar el factor de escándalo que supone confesar a un judío ajusticiado del siglo I como el Señor de mi vida. Cuando el cristianismo pierde este carácter sociológico, es más fácil que se diluyan todas, o gran parte, de las referencias a Jesús, pero también ofrece la ventaja de que permite diferenciar los diversos modos de relacionarse con Jesús (maestro de sabiduría, donde lo determinante es su enseñanza; modelo de vida, donde lo fundamental es su propuesta ética...) y contradistinguirlos de la relación que supone la fe en Él. Ésta puede ser la Gracia de nuestro momento histórico. Por eso, en la primera parte (VER) haremos un breve recorrido por los diferentes modelos de relación con Jesús que se dan hoy, incluso entre quienes nos llamamos cristianos. Se trata de poner de manifiesto que caben muchas formas de acercamiento a Jesús, pero que la fe cristiana se centra en Su persona y que supone un tipo de relación muy especial con Él.

La segunda parte (JUZGAR) se centrará en señalar y comentar algunos de los elementos esenciales de la fe en Jesús. Partimos del hecho, ya constatado en el NT, de que no es lo mismo conocer a Jesús que creer en Él. Se puede admirar su doctrina e incluso tratar de poner en práctica su propuesta ética, centrada en el amor y en la entrega a los demás (todo esto

es muy importante y ordinariamente forma parte del camino creyente) y, sin embargo, no centrar la vida en Él entregándosela como a “mi Dios y Señor”. La fe en Jesús se centra en su persona, supone fiarse de Él, adherirse a Él, darle la iniciativa en nuestra vida, vincularse afectivamente a Él y reconocerle como Señor de nuestra vida..., lo cual se traduce en: “Señor, ¿qué quieres de mí?”.

Creer en Jesús es un don y una respuesta personal, que implica toda nuestro ser y supone todo un proceso de maduración que no está exento de dificultades y resistencias por nuestra parte, como ya sucedió con aquellos que vivieron con Él en Galilea. Por eso, a continuación, presentamos sintéticamente los elementos clave de ese proceso en el que nos vamos haciendo discípulos de Jesús. Ordinariamente el punto de partida es el acercamiento al Jesús histórico. Pero no es suficiente, porque no es lo mismo saber cosas sobre Jesús que creer en Él. La fe siempre es un don, es Él el que toma la iniciativa y sale al encuentro, pero, por parte del discípulo/a, es preciso todo un proceso de relación con Él, que va pasando por diferentes etapas. Uno de los aspectos, especialmente importante, que se constituye en una clave esencial para discernir si nuestra relación es de FE, es la integración de la autoridad de Jesús, ya que no es posible una relación real y madura con Jesús resucitado más que desde el reconocimiento e integración de su señorío en nuestras vidas. ¡Tú eres mi Señor! ¡Qué suerte haberte encontrado! ¡Eres lo mejor de mi vida! ¡De dónde a mí tanto don! ¿Qué quieres de mí?

Por último, en la tercera parte, (ACTUAR), se ofrecen unos breves cuestionarios y pautas en orden a favorecer la reflexión y el compromiso personal y del grupo.

En cuanto a la bibliografía quiero recomendar la lectura de dos libros que considero pueden ser de mucha ayuda en este tema y en la línea que hemos planteado:

J. A. PAGOLA, *Jesús. Aproximación histórica*. PPC, Madrid 2007.

J. GARRIDO, *El camino de Jesús*. Sal Terrae, Santander 2006.

Las páginas que siguen sólo pretenden un objetivo: acercarnos a la persona de Jesús e invitarnos a iniciar o ahondar la relación

personal con Él, para que podamos gozar algún día del don increíble de que sea realmente ¡MI SEÑOR! Quisiera también que creciera en nosotros/as la conciencia de que Jesús es, sin ninguna duda ni comparación posible, el mayor de los dones que nos ha hecho Dios y que desbordara nuestro agradecimiento a Él por habernos entregado semejante regalo.

Vitoria, 28 de septiembre de 2010.

M^a Isabel Ardanza, ccv

I. VER

Distintos modelos de relación con Jesús de Nazaret

Y vosotros... ¿quién decís que soy yo? (Mc 8,29)

Y vosotros... ¿quién decís que soy yo? Ésta es una vieja pregunta que formuló Jesús a sus discípulos hace ya unos dos mil años, pero es una cuestión que sigue vigente y tiene actualidad también hoy, porque la respuesta es muy personal y, por ello, muy diversa. Depende de la relación con Él.

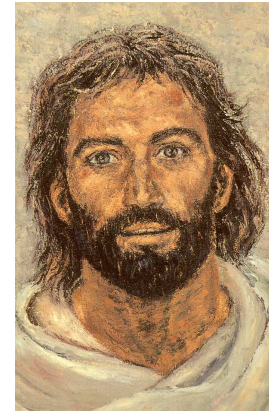
Vamos a señalar varias de estas posibles respuestas, según un orden creciente de implicación y relación con la persona de Jesús. Sería bueno que cada quien nos situáramos en la que consideramos que responde más a nuestra relación actual con Él. ¿Quién dices tú que soy Yo? No se trata de confundir el deseo con la realidad, sino de situarnos en nuestra verdad. Ordinariamente el proceso creyente pasa por diferentes etapas y la referencia a Jesús va tendiendo diferentes modelos.

1.- Jesús es un personaje histórico

Jesús de Nazaret vivió a comienzos de nuestra era, en Palestina, una región de Oriente próximo que por entonces estaba bajo el poder del imperio romano.

Fue un profeta judío que, hacia los años 30, predicó en Galilea la llegada del Reino de Dios, como una buena noticia para los pobres y marginados, y que realizó muchas curaciones, como signo de que ese Reino anunciado por Él estaba llegando.

En un primer momento hubo mucha gente que le siguió con entusiasmo, especialmente los pobres, enfermos, marginados y necesitados. Pero su anuncio fue rechazado por las autoridades políticas y religiosas del



pueblo judío y al cabo de unos tres años fue apresado, torturado, condenado y ajusticiado en una cruz, en un pequeño montículo (Calvario), cercano a la ciudad de Jerusalén.

Entre todos sus seguidores, Él había elegido un pequeño grupo de discípulos para que continuaran su misión. Pero cuando Jesús fue arrestado y crucificado, escandalizados por su fracaso y muertos de miedo ante las autoridades judías, todos sus seguidores le abandonaron y sus discípulos huyeron y se dispersaron. Sin embargo, al cabo de poco tiempo, éstos se presentaron de nuevo en Jerusalén proclamando que Jesús estaba vivo, que Dios le había resucitado y que se les había dejado ver a ellos, vivo y resucitado, de lo cual daban testimonio, hasta llegar incluso a dar su vida por ello.

Estos datos históricos son el resultado de una exhaustiva y rigurosa investigación histórico-crítica que se ha realizado, especialmente durante los últimos doscientos años, por lo que pueden ser conocidos y aceptados por cualquier persona que tenga unos conocimientos históricos mínimamente críticos y serios, sin que ello implique que sea cristiana, es decir, que tenga fe en Jesús.

Es importante recordar que ningún personaje histórico de la antigüedad ha sido investigado tan crítica, rigurosa y exhaustivamente como el de Jesús de Nazaret y que las conclusiones de estas investigaciones son de una seriedad científica incuestionable, aunque algunas películas y novelas, que han tenido un éxito considerable de público en los últimos años, parezcan querer difundir algunas ideas peregrinas sobre el Jesús histórico, como si fueran conclusiones de unas investigaciones muy serias, cuando en realidad apenas tienen ninguna base histórica y la mayoría de las veces se trata de meras fantasías del autor de la novela, presentadas como hechos históricos.

2.- Jesús es un maestro de sabiduría

Desde este punto de vista Jesús sería uno entre otros muchos maestros que a lo largo de la historia han sido referentes de sabiduría, para dar sentido a la vida humana y conducirse acertadamente en ella. Efectivamente, la enseñanza de Jesús está llena de sabiduría humana y, en muchos momentos, fue reconocido como maestro de sabiduría por sus contemporáneos. Es más, la denominación más frecuente, con la que sus discípulos se dirigen a Él, en los evangelios es la de “Rabí”, que significa maestro. Para comprobarlo, basta recordar que, por ejemplo, sólo en el evangelio de Mateo hay más de diez citas al respecto (Mt 8,19; 9,11; 10,4; 10,24; 10,25; 13,52; 17,24; 23,8; 26,18; 26,25; 26,49).

A lo largo de la historia, y también en nuestros días, hay muchas personas que reconocen esta sabiduría de la vida que procede de Jesús y que está recogida en los Evangelios, pero ello no supone, necesariamente que crean en Jesús. Se trata de personas que admiran la enseñanza de Jesús, como admiran la de otros muchos hombres y mujeres que ha habido a lo largo de la historia humana: Moisés, Buda, Mahoma... Pero esto no implica necesariamente que estas personas sean cristianas, en un sentido real y propio.



Ciertamente, Jesús es un maestro de sabiduría, pero, la fe en Jesús supone mucho más. Ésta se centra en la persona de Jesús, en la relación con Él, no en su enseñanza, aunque ésta sea importante y suponga un camino para conocerle personalmente.

3.- Jesús es un modelo de vida y un referente ético

Muchas personas reconocen en Jesús un modelo de vida coherente, comprometido y entregado a los demás. Un modelo admirado que merece ser tenido como referente. Podemos recordar al respecto algunos casos famosos como el de Gandhi.

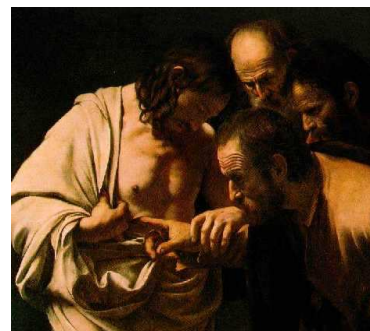
Pero la admiración hacia Jesús, como un hombre coherente y entregado a los demás, no implica necesariamente la fe en Él. Es más, a lo largo de la historia ha habido, gracias a Dios, muchas personas entregadas a los demás y admirables en su coherencia de vida, y que incluso han tenido y tienen muchos seguidores, pero eso no supone una relación de fe con ellas.

También es posible que algunas personas que se consideran a sí mismas cristianas, sean en realidad sólo admiradoras de la enseñanza de Jesús o de su persona, pero sólo como modelo de vida y de entrega hacia los demás. En estos casos habría que decir que no se trata propiamente de cristianos, sino de admiradores y seguidores del modelo de vida y de la propuesta ética de Jesús.

Ciertamente, ser cristiano supone tomar en serio y tratar de vivir el estilo de vida que Jesús vivió, pero la fe cristiana no se puede reducir a un compromiso ético y a un estilo de vida, sino que es algo más. La forma de vida cristiana nace de la relación de fe con Él y se define como seguimiento de Jesús. Es el fruto que nace de la relación con Él

4.- Jesús es mi Señor. Creo en Él y le sigo a Él. Soy cristiana/o.

Evidentemente, este cuarto nivel supone e incluye todos los anteriores. Ciertamente Jesús es un maestro y un modelo de vida, para todo discípulo, pero este nivel añade un elemento muy importante que es esencial:



Jesús es para mí Alguien vivo y presente hoy; Alguien con quien me he encontrado personalmente y por quien he sido invitado, llamado.; Alguien a quien sigo, comprometiendo con ello mi persona y mi vida; Alguien a quien confieso que es “mi Señor” y “mi Dios” y a quien me entrego y le sigo.

Luego, esa fe en Jesús se traducirá en un estilo de vida, como la de Jesús, pero es importante subrayar que lo nuclear de la vida cristiana es la fe, la relación con Jesús, y que de ella nace el compromiso de vida. Ahora bien, la verdad de la fe se comprueba en las obras. Lo esencial, la

fuentes, es la fe, pero el test que nos dice si esa relación con Jesús es real o sólo una fantasía son las obras de amor, el compromiso de vida.

Reflexión para el trabajo personal y de grupo

- ¿Qué se entiende por ser cristiano/a en los círculos en que tú te mueves? ¿Qué es lo que se considera que caracteriza a un cristiano?
- ¿Cómo te ha iluminado esta reflexión? ¿Qué te aporta? ¿Qué es lo que te parece más importante?
- Si te colocas en tu verdad más honda, ¿en qué nivel o niveles te situarías en tu relación con Jesús hoy?

II. JUZGAR

El proceso de la fe en Jesús: búsqueda y don
¡Señor mío y Dios mío! (Jn 20,28)

Cristianos son propiamente aquéllos que creen en Jesús, es decir, los que corresponden al cuarto nivel que acabamos de señalar. ¿Pero, qué supone CREER en Jesús?

1.- El testimonio de los evangelios

Si partimos del testimonio del Nuevo Testamento, ya en los relatos evangélicos vemos que la fe en Jesús es, a la vez, un don de Dios y una decisión personal que, con frecuencia, se encuentra con muchas resistencias. En los textos vemos que la fe en Jesús no es algo evidente y normal entre aquéllos que convivieron con Él. Ya en su época, Jesús provocaba reacciones dispares entre las personas que se relacionaban con Él. Veamos algunos ejemplos:

- Las autoridades religiosas de su tiempo le preguntan a Jesús de quién recibe la autoridad para decir y hacer lo que dice y hace (cf. Mc 11,28), porque entienden que la fe en Él tiene que ver con su misión divina, es decir, con saber si es un enviado de Dios o no. Y esto no es algo aceptado

por todos sino que los judíos del tiempo de Jesús se posicionaron unos a favor y otros en contra de Él.

- En Cesarea de Filipo (Mc 8), Jesús pregunta a sus discípulos: *¿“Quién decís vosotros que soy yo”?* Y Pedro confiesa que es el Mesías, el enviado de Dios para realizar lo que habían anunciado los profetas. Pero en cuanto Jesús le dice que su camino mesiánico es de sufrimiento, Pedro se escandaliza.
- En la última cena, cuando Jesús anuncia a sus discípulos, a los que Él había elegido, que le ha llegado la hora de morir, Pedro le dice que no le abandonará, pero bastará la pregunta de una criada para desmoronar toda su adhesión a Jesús (Mc 14, 66-72).
- El relato de la Pasión de Jesús, que nos hace el evangelio de Marcos en los capítulos 14 y 15, termina con la confesión de un centurión pagano: *“Verdaderamente, este hombre era hijo de Dios”* (Mc 15,39) ¿Qué ha visto él en este crucificado que apenas tiene figura de hombre para semejante confesión?
- En el relato evangélico de la aparición de Jesús resucitado al discípulo Tomás, encontramos el acto más solemne de fe en Jesús de todo el Nuevo Testamento: *¡“Señor mío y Dios mío”!* (Jn 20,28).

Años más tarde, en los comienzos de la predicación apostólica, la fe en Jesús resultaba escandalosa para muchas personas. Así nos lo dice San Pablo: *Nosotros predicamos a Jesucristo crucificado, que es escándalo para los judíos y locura para los paganos. Más, para los que son llamados, sean judíos o griegos, se trata de un Cristo que es fuerza de Dios y sabiduría de Dios.* (1Cor 1,23-24). Así que no es de extrañar que hoy también nos resulte escandaloso. Creer en Jesús es un don, el mayor de todos.

2.- ¿Qué significa “creer”?

Vamos a partir de la experiencia humana: ¿Qué entendemos por creer? Hace ya unos 1500 años, San Agustín distinguía entre:

- Creer en ALGO.
- Creer en ALGUIEN.
- Y creer en DIOS.



Con frecuencia, se reduce la fe en Jesús a un CREER EN ALGO: “Creo que Jesús es el Hijo de Dios, creo que es el Mesías enviado por Dios, creo que es el Salvador...” Cuando hablamos de la divinidad de Jesús lo solemos hacer desde una perspectiva dogmática, dilucidando a ver si Jesús es o no Dios, tal como lo dicen las iglesias cristianas. Pero, en este caso, la fe en la divinidad de Jesús sería sólo cuestión de adhesión doctrinal. Estaríamos simplemente en el nivel de las creencias y de la ideología, es decir, las cosas en las que creo. Pero eso no es la fe en Jesús. La fe en Jesús no es una creencia, porque no se trata de creer en ALGO sino de creer en ALGUIEN, y en Alguien muy especial.



¿Qué significa creer en una persona? ¿qué supone?

La fe en una persona tiene que ver con el encuentro personal y con el conocimiento que proviene de la relación interpersonal y de la vinculación de amor con ella. Me fío de ti y por eso creo en lo que tú me dices, estoy dispuesto/a a comprometerme contigo...

En este sentido, Jesús resulta una persona veraz, coherente, de quien uno/a se puede fiar... Por lo tanto, una fe así pertenece a la conciencia humana y es natural, es lo que podríamos llamar “fe humana”.

A este nivel, la fe en lo que la persona dice, promete o me pide no se apoya fundamentalmente en la razonabilidad de su contenido sino en la persona de la que proviene. Creo en lo que me dices, porque creo en ti. Esta es la fe personal, que también se da a nivel humano, en el ámbito de los encuentros que son verdaderamente importantes en nuestra vida.

Pues bien, este aspecto es sumamente importante también para el tema de la fe en Jesús: Creemos en lo que Él nos dice porque creemos en Él, en Su persona.

3.- Creer en Jesús supone la relación con Él

La fe cristiana, presupone ese nivel humano, pero es mucho más y este más no es algo tan evidente. Significa, ante todo, que Jesús es un personaje histórico real, pero no Alguien del pasado sino Alguien que vive hoy y Alguien con quien puedo encontrarme y vivir una relación personal hoy.

Para muchos cristianos Jesús no tiene nada especial porque nunca se han encontrado con Él. Valoran su doctrina pero no tienen relación con Él. Se relacionan con Dios, por eso les daría lo mismo ser musulmanes o judíos o hindúes. Para otros, Jesús es sólo el símbolo de unos valores muy importantes: el amor, la justicia, la solidaridad con los desfavorecidos, el principio de la no violencia... Para ellos, Jesús pertenecería a esa lista de grandes filósofos, fundadores de religiones y bienhechores de la humanidad... Pero, entonces, lo que se considera importante no es Jesús sino su causa.

Tendríamos que concluir que, como en tiempos de San Pablo, también hoy la fe en Jesús sigue siendo algo escandaloso, porque confiesa que aquel judío, crucificado en un rincón del imperio romano hace dos mil años, está vivo y presente y que hoy sigue saliendo al encuentro y llamando a seguirle; Y aún



más, que es Dios mismo hecho hombre, que podemos comer su cuerpo en la Eucaristía, que está con su comunidad hasta el final de los tiempos, que Él en persona va a venir a juzgar a la humanidad... Porque el cristianismo no consiste fundamentalmente ni en una doctrina, ni en una ética, ni en un

culto religioso, ni en un estilo de vida, sino en la relación con una persona: Jesús de Nazaret que vive resucitado y nos sale al encuentro.

4.- El encuentro con Jesús y la vinculación a Él

La experiencia humana del encuentro puede ser muy diversa: amistad, relación de pareja, acompañamiento... Cuando el encuentro interpersonal se da en un nivel hondo de intimidad, manteniendo la identidad y la diferencia de las personas implicadas en él, a veces se

produce el “milagro” de la experiencia de **vinculación afectiva**. Es muy importante distinguir la **vinculación** de la **dependencia**. Ésta última no nos permite ser nosotros/as mismo/as, sin embargo la vinculación afectiva se convierte en una fuente poderosa que potencia el propio ser. Se expresa de muchas maneras “tú has dado sentido a mi vida, has sacado lo mejor de mí”. “Contigo me siento libre, soy yo misma...”

Pues bien, el encuentro con Jesús es afectivo y vinculante, en el sentido de que produce vinculación afectiva, pero se da en la fe. El órgano para percibir su presencia es el acto de fe y no depende de ninguna experiencia sensible, aunque también suele darse, a veces, de modo sensible. Pero lo esencial no es “sentir” Su presencia sino creer que Él está presente. Y siempre que hacemos el acto de fe en Él se produce el milagro de la presencia.

Tampoco es necesario que se trate de algo repentino. Ordinariamente supone un lento proceso, en el que, con el tiempo, mirando hacia atrás en nuestra historia, percibimos cómo ha ido cambiando la importancia, el peso, el significado de la persona de Jesús en nuestra vida.

Toda experiencia honda de encuentro interpersonal con Jesús se experimenta como gracia: ¡Qué suerte haberte conocido! ¡Gracias, Señor! Y a medida que va madurando espiritualmente la relación con Jesús, va creciendo también la conciencia agradecida y humilde de que no merezco semejante regalo, con lo cual crece aún más el agradecimiento: ¡Por qué a mí, Señor! ¡Gracias por ser como eres!

En este encuentro con Jesús resucitado la iniciativa la tiene siempre Él. Él es el Señor que se hace presente, que llama e invita a seguirle, pero respetando totalmente la libertad de nuestra respuesta. Creer en Jesús es algo que me implica personalmente y coge todo mi ser, porque supone:

- Adhesión a su persona por encima de toda otra referencia.
- Fiarle de Él, hasta confiarle el sentido de mi vida.
- Entregarme a Él y a lo que Él quiera de mí, como al Señor de mi vida.
- Seguirle hasta su muerte, viviendo su misma vida...

Pero es importante recordar que todo esto no es algo que se consigue a base de empeño y voluntad. Se trata de un gran don, que podemos y debemos pedir a Dios, a la vez que supone una transformación personal que ordinariamente se produce después de un largo proceso de relación con Jesús, en el cuál Él va ocupando mi corazón, poco a poco, y va tomando posesión de mi ser, de modo que experimento que mi libertad nunca es más libre que cuando le sigo a Él y le dejo ser mi Señor. A continuación señalaremos algunos elementos importantes de ese proceso.

5.- El proceso de la relación con Jesús

Si la fe en Jesús se concentra principalmente en su persona, en la relación, el encuentro y la vinculación a Él, es evidente que ordinariamente las relaciones, incluso desde el punto de vista meramente humano, maduran con el tiempo y la implicación personal, a través de un largo proceso de relación interpersonal. Pues bien esto es algo que también hay que tenerlo en cuenta cuando hablamos de creer en Jesús, de la relación de fe con Él.

En otras épocas, en las que el cristianismo era algo sociológicamente compartido, este proceso partía de la aceptación dogmática: Jesús es el Hijo de Dios que se hizo hombre; es Dios y hombre verdadero. Pero también entonces era necesario hacer un proceso personal de relación con Jesús para poder vivir una experiencia de fe madura y es verdad que muchos se quedaban en una fe meramente ideológica.

Sin embargo, hoy día, la situación ha cambiado y el proceso de la relación con Jesús tiene que partir del Jesús histórico. Vamos a detenernos un poco en ese proceso actual de la maduración de la fe cristiana, señalando tres etapas.

5.1. El acercamiento al Jesús histórico

Hoy día, en nuestro contexto, este es el punto de partida más común del proceso de la relación con Jesús. Para ello es necesario acercarse al Jesús histórico y conocerle, para pasar después a la admiración, al deseo de imitarle, al amor personal, al deseo de seguirle y de vivir como Él y a la vinculación de amor de fe a través del encuentro con Él.

Aunque es verdad que a una persona sólo se le conoce de verdad cuando se le ama y en la medida en que la amamos, también es cierto no se puede amar lo que no se conoce. Por eso, el camino de la fe en Jesús parte hoy del conociendo histórico de su persona, de modo que conocimiento y amor van creando un proceso circular de ida y vuelta.

Para ello, contamos con los cuatro evangelios y todo el Nuevo Testamento, que recoge el testimonio creyente de aquellos que le “vieron y creyeron” en Él. Pero, a veces, es conveniente empezar por un buen libro sobre el Jesús histórico o simultanear su lectura con la de los evangelios.

Para este propósito creo que es muy adecuado el libro de José Antonio PAGOLA¹, *Jesús, acercamiento histórico* porque el propósito de autor al escribir este libro fue precisamente el que aquí estamos señalando: ofrecer al lector un acercamiento histórico crítico y serio a la persona de Jesús, para que pueda iniciarse en su conocimiento y para que pueda llegar después a fe en Él. Este libro se sitúa en el plano meramente histórico del conociendo de Jesús, si bien se nota que el autor ama muchísimo a Jesús, como sentido y Señor de su vida.



5.2. Cultivar la relación personal con Jesús²

Como ya hemos señalado antes, aunque el conocimiento histórico de Jesús sea hoy necesario para poder acceder a la fe en Él, no se puede olvidar

¹ J.A. PAGOLA, *Jesús. Aproximación histórica*. PPC, Madrid, 2007.

² Un buen libro, para ello es el de J. GARRIDO, *El camino de Jesús*. Sal Terrae, Madrid, 2006. Su lectura puede ser una buena ayuda para el conocimiento interno de Jesús y el aprendizaje de la relación personal con Él, siguiendo los cuatro evangelios. En el primer capítulo, el autor trata de justificar su planteamiento en el contexto de la cristología actual y las tesis de fondo que presenta a lo largo del libro. Este capítulo puede resultar más denso y ofrecer una mayor dificultad, pero su lectura no es necesaria para seguir el contenido de los restantes capítulos, por lo que el lector/a se lo puede saltar tranquilamente, si le resulta difícil.

que es sólo el punto de partida. La fe cristiana se centra en la persona de Jesús y por ello, sólo se puede acceder a ella a través de la relación con Jesús.

Es cierto que la relación no se hace de una vez por todas, sino que exige un proceso de maduración pero también es cierto, y lo sabemos por la experiencia humana, que la relación sólo madura a través de la relación misma.

Decíamos que el órgano por el que se establece y se percibe la presencia y se vive la relación con Jesús resucitado no es el de los sentidos corporales, ni el sentimiento (ya que Él pertenece a otro orden de realidad), sino sólo la fe. Aunque a veces se nos conceda también experimentar sensiblemente su presencia, esto no es lo decisivo. Ahora bien, si esto es así, quiere decir que para relacionarnos con Jesús (y lo mismo podríamos decir de la relación con Dios) es necesaria la fe. Y si aún no creo, ¿cómo puedo llegar a creer en Jesús si no puedo relacionarme con Él y el acceso a la fe se da a través de la relación?

Efectivamente, esta es una objeción real, pero hay que decir que sin fe también se puede orar y orar es esencialmente relacionarse con Dios, con Jesús. Charles de Foucauld, un gran creyente que se convirtió siendo ya mayor y que vivió su fe en medio de los beduinos del desierto, oraba así en los inicios de su proceso creyente: “Señor, si existes muéstrate a mí y haz que yo te conozca”. Esta es una verdadera oración que nos sitúa en relación con Dios.

Por lo tanto, hay que decir, que para iniciar una relación con Jesús basta el deseo de creer y hacer la hipótesis de que Él esté resucitado y vive y puede salirme al encuentro hoy.

Para poder hacer el tramo de esta etapa del camino es esencial explicitar el acto de fe, que nunca tenemos que darlo por supuesto. Ponernos en presencia del Señor no es lo normal, lo natural, sino que siempre es un milagro y es bueno que no nos acostumbremos nunca a ello. Por eso siempre tenemos que empezar haciendo un acto de fe en su presencia: “Creo, Señor, que estás aquí y que quieres comunicarte conmigo, pero ya ves mi poca fe, por eso, ¡aumenta mi fe!!” O bien, en los términos de la

oración de Foucauld: “Quiero creer en Ti, Señor. Si existes muéstrate. Haz que yo te conozca y te ame”.

Una vez que nos hemos puesto en Su presencia (por la fe o por el deseo de creer), el mejor medio para aprender y vivir la relación con Jesús son los evangelios. Es necesario ejercitarnos en su lectura y en orar con ellos. Es importante hacer notar que no se trata de leer desde un interés meramente informativo sino de una lectura creyente, que es la clave en la que fueron escritos estos textos, pues los evangelios no son una biografía de Jesús sino el testimonio de aquellos que se “encontraron” realmente con Él y creyeron en Él. Y este testimonio se nos ofrece para que nosotros/as también nos encontremos en esos relatos con un Jesús vivo que sale a nuestro encuentro hoy.

Los relatos evangélicos nos permiten conocer a Jesús por dentro y establecer una relación personal con Él. Ese es el objetivo de su lectura y oración. Pero, para poder realizar este proceso personal del camino de la fe, hay que tener en cuenta especialmente algunas claves:

- a) La lectura antropológica de los evangelios.
- b) Centrar la lectura y la oración en la persona de Jesús.
- c) Prestar atención a la vinculación personal que va produciendo esta relación.

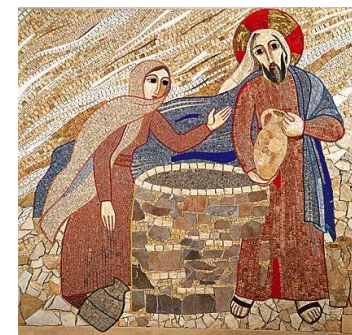
a) Importancia de la lectura antropológica de los textos

Para que la fe en Jesús y en su divinidad se enraíce en nuestra existencia y no se reduzca a una creencia ideológica es necesario que descubramos a Jesús en su hondura humana y como maestro de humanidad. Que percibamos cómo el camino de la fe es también un camino de hondura de la experiencia humana, que nos permite vivir radicalmente nuestra existencia como varones o mujeres.

Vamos a ver esto más explícitamente a través del texto de la Samaritana y del manantial de agua viva (Jn 4 y Jn 7, 37-38). Lee despacio los dos textos y fíjate en los símbolos que aparecen y en su significado, así como el proceso de transformación que se va dando en la samaritana:

- El POZO simboliza la sed de corazón humano, su hondura inagotable.
- El AGUA va adquiriendo, a través del relato, múltiples sentidos: sed física, sed de amor, sed de sentido, sed de Salvación... Con este símbolo el relato evoca, simultáneamente, realidades diferentes dentro de una misma dinámica, que es la de la plenitud humana: saciar la sed, buscar la verdad, recibir el Espíritu Santo...

- A través del DIÁLOGO se va haciendo un recorrido, un PROCESO, en el que la samaritana, simultáneamente, descubre el misterio de Jesús a la vez que eso le va transformando a ella interiormente. La mujer pasa de moverse en un nivel simplemente humano a un nivel espiritual.



- El MOMENTO CRUCIAL del relato: cuando ella ha de poner su corazón al desnudo para reconocer que ha tenido cinco maridos y que todavía su corazón no se ha pacificado porque aún no ha encontrado el Amor Absoluto.
- El relato culmina con el **YO SOY** de Jesús, con el que Él le manifiesta su misterio personal. Ahí se da el ENCUENTRO. Jesús es la fuente de ser, el agua viva que apaga toda sed, el Señor de los corazones humanos, el enviado de Dios que nos libera de tantas ataduras, incluso de los sistemas religiosos, para que, por fin, vivamos en “espíritu y en verdad” ante Dios y ante los hombres.

Como el Jesús de la escena evangélica, que dialoga junto a un pozo con una mujer, es el Jesús resucitado que me sale al encuentro ahora, mientras yo busco el agua que me plenifique definitivamente.

Es importante leer el texto viéndome “dentro de él”, ya que el evangelio de Juan evita todos los aspectos anecdóticos y nos introduce directamente en esa relación única, incomparable, entre Jesús y la persona humana.

Esta lectura antropológica es esencial para que el relato evangélico no sea reducido al recuerdo anecdótico de unos hechos

pasados o para no caer en una interpretación espiritualista que separa la experiencia espiritual y la relación con Jesús de la vida real. Es muy importante captar la carga existencial que tiene para mí hoy. Sólo así es posible ir descubriendo que, en esta Palabra, Jesús resucitado me sale al encuentro a mí, aquí y ahora.

b) Centrar la lectura y la oración en la persona de Jesús

Cuando leemos y oramos con el Evangelio, y una vez asentados en el acto de fe inicial que ya hemos comentado, la actitud básica debe ser siempre la misma: la escucha, la atención pasiva, la apertura del corazón. Disponernos a acoger esta palabra como palabra viva, dirigida a mí, evitando racionalizar o hacer del texto un material de esquemas de conducta.

Evidentemente, el texto evangélico encierra también un mensaje en el que Dios se no revela y nos compromete en la acción y eso también hay que tenerlo en cuenta. Pero, centrándonos en el proceso de maduración de la experiencia creyente, es sumamente importante centrar la lectura en la persona de Jesús, ya que la tendencia habitual es la de pasar por alto la relación con Jesús y fijarnos más en los contenidos doctrinales de su enseñanza y de sus hechos.

Nos puede ayudar a esto, percibir el texto evangélico a la luz de Jesús Resucitado con el que me encuentro ahora, cara a cara. En su presencia voy leyendo el texto despacio y me detengo en el punto en que se suscita en mi interior alguna resonancia. Entonces dejo el texto y expreso ante Jesús la resonancia que el texto ha despertado en mí. Puede tratarse de un sentimiento de agradecimiento por lo que Jesús ha hecho o bien le expreso la admiración que me reproducen sus actitudes, su modo de acercarse a las personas, su intimidad con el Padre, o necesito pedirle perdón, o expresarle el miedo que siento ante su propuesta...O simplemente me quedo mirándole con agradecimiento, sin decir nada...



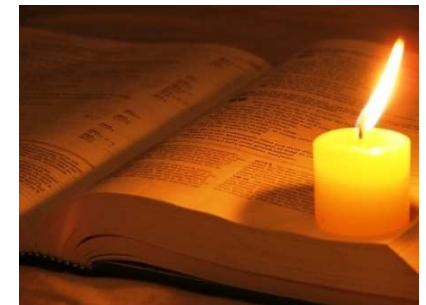
Me quedo ahí mientras permanezca viva la resonancia, y cuando ésta ya se agota sigo leyendo el texto del mismo modo.

Es importante terminar el rato de oración parándome a pensar qué quiere Él de mí hoy, dónde me sale al encuentro y disponiéndome a hacer su voluntad.

c) La relación con Jesús va produciendo vinculación y pertenencia

Hay que reconocer que la mayoría de los cristianos actuales difícilmente viven la relación con Jesús con la riqueza e intensidad con que el NT describe la relación entre el discípulo y su Señor, entre el bautizado y el Resucitado. Pero si queremos potenciar una vivencia madura de la fe, es importantísimo que intentemos recuperar esa experiencia única que es la vinculación del creyente con Jesús.

- Cuando vas conociendo su historia real, su humanidad, la calidad de sus relaciones y de su amor... brota un sentimiento de admiración hacia Él.
- Luego, a través de la lectura y la oración con los evangelios, le vas conociendo por dentro. Descubres su amor al Padre y su amor a los pobres y a los discípulos y vas entrando en una relación de mayor intimidad. A Jesús se le quiere como a un amigo, pero a la vez se descubre que es mucho más que un amigo. Es mi Señor.
- Él es ciertamente nuestro modelo, pero es mucho más que un referente de imitación que vivió en el pasado, porque Jesús vive hoy y no es sólo modelo sino que es la fuente y la fuerza que hace posible que pueda imitarle, seguirle, porque Él es el Resucitado que me comunica el Espíritu Santo. Y con el Espíritu me da su misma vida, porque me vincula a Sí mismo.
- Cuando en el NT percibimos lo que Jesús significó para María Magdalena, para Pedro Juan o Pablo, nace en nosotros/as el deseo



de estar en su compañía, de escuchar sus secretos... *Ya no os llamo siervos, porque un siervo no está al corriente de lo que hace su amo. Os llamo amigos, porque os he comunicado todo lo que he oído a mi Padre (Jn 15,15). Cualquiera cosa tengo por basura al lado de lo grande que es haber conocido personalmente al Mesías Jesús, mi Señor (Fp 3,8).*

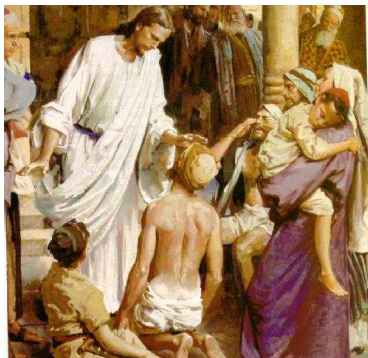
- Jesús es Dios, pero nos ha sido dado por el Padre como el Mediador, es decir, el que comparte con nosotros nuestro camino hacia Dios. Por eso, el sentido de la vida cristiana se reduce a seguirle a Él.

Vivir esta experiencia es lo mejor que puede pasar en la vida, pero, como toda relación, tiene que ir madurando a través de una historia de relación. Lo que sucede es que, con frecuencia, no vamos madurando en esta relación sino que vamos repitiendo el mismo esquema afectivo con que nos relacionábamos con Él de niños y adolescentes y eso nos impide llegar a vivir con Jesús ese maravilloso descubrimiento que es su persona. Pero no se trata tampoco de desear este encuentro con Él con ansiedad, sino de ir **conociendo vitalmente** a Jesús, o mejor dicho, de dejarnos conocer por Él. Hay que saber respetar el ritmo y no confundir el deseo con la realidad.

5.3. Clave central de discernimiento de este proceso: Integrar la autoridad de Jesús

Ya en su tiempo, la autoridad con la que Jesús actuaba llamaba poderosamente la atención entre sus contemporáneos:

- *Todos se maravillaban de su doctrina, pues les hablaba como quien tiene autoridad (Mc 1,22).*
- *Todos quedaban estupefactos y se preguntaban unos a otros: “¿qué es esto? ¡Una doctrina nueva con tanta autoridad! Manda a los espíritus inmundos y le obedecen” (Mc 1,27).*
- *Pues si vosotros no perdonáis tampoco vuestro Padre del cielo os perdonará vuestras culpas (Mc 11,26).*



- *Y le preguntaron: ¿Con qué autoridad haces todo esto? ¿quién te ha dado esta autoridad? (Mc 11,28).*
- *Reunió a los Doce y les dio poder y autoridad sobre todos los demonios y de curar enfermedades (Lc 9,1).*
- *Deja que los muertos entierren a sus muertos. Tú sígueme (Mt 8,22).*

Cuando Jesús resucite, quedará claro para sus discípulos el por qué de esa autoridad que durante su vida resultaba tan chocante. Entonces entenderán que en ese más de la autoridad del Jesús histórico se ocultaba Su misterio personal, que sólo se revela plenamente en la Resurrección.

Pero nosotros no hemos conocido al Jesús histórico sino que nuestro encuentro y relación es con Jesús Resucitado. Conocer realmente a Jesús como Resucitado supone conocerle como SEÑOR y, por tanto, como AUTORIDAD SOBERANA (“YO SOY”), porque no hay otro modo de conocer al Resucitado. Pero hay que hacer todo un proceso espiritual para llegar a vivir esta experiencia de la autoridad de Jesús. Y en ese proceso hay que distinguir etapas:

Hay una primera etapa en el proceso de fe, en que la autoridad de Jesús se experimenta como la del LÍDER, MAESTRO... o a través de su PERSONALIDAD... “Te atrae, vas detrás de Él, te merece la pena seguirle...” Todo esto es una manifestación de la autoridad que Jesús tiene... ¡Cómo nos lleva detrás de Él...! Como maestro, como Mesías, como líder...

Pero si la relación con Jesús va madurando, llega un momento importantísimo en la vida del discípulo/a, en que cambia la experiencia de la autoridad de Jesús y ésta adquiere una soberanía inaudita. Este momento llega cuando empieza a notar que, si le deja, si consiente ello, Jesús resucitado toma la iniciativa en su vida. Darle la iniciativa a Jesús en la propia vida supone creer en su persona, confiar en Él, experimentarlo como Salvador, porque se siente que efectivamente es Él el que nos da la vida... En ese momento Jesús se ha constituido en el Señor de mi vida. ¡Mi Señor! Y, en definitiva, eso es creer en Jesús.

Es entonces cuando el discípulo/a se encuentra con la novedad absoluta que es la fe en Jesús y la relación con Él: “Es que yo CREO en

Jesús... Es el Señor de mi vida, le he dado la iniciativa, le pertenezco". Éste es el AMOR DE FE...

Esta es la clave de discernimiento que nos permite conocer si realmente nuestra relación con Jesús se basa en la Fe. Porque, hasta que el discípulo/a no ha integrado en su experiencia espiritual la autoridad soberana de Jesús resucitado, su experiencia creyente no ha llegado a la madurez de la Fe, sino que está a merced de las propias expectativas, deseos y necesidades.



Reflexión para el trabajo personal y de grupo

- Ahora en concreto ¿quién es Jesús para ti?
 - Un modelo o ejemplo de vida.
 - Más o menos como Dios-Padre, de modo que en cuanto a la relación apenas los distingues.
 - El confidente, el amigo cercano que te acompaña.
 - El hijo de Dios que te ha redimido en el pasado, pero que no lo percibes presente hoy.
 - El maestro, del que te interesa sobre todo su mensaje.
- Ponte en relación directa con Él y dile: *"Jesús, mi Señor"* ¿Qué sientes? ¿Te brota de dentro esa expresión o te resulta artificial?

III. ACTUAR

Para la reflexión y el compromiso personal y del grupo

"Queremos conocer a Jesús" (Jn 12,21)

- 1.- Partir de la experiencia humana
 - 1.1. Hay experiencias de encuentro que son de paso y otras que son determinantes. ¿Cuáles han sido en tu vida de este tipo? Recuérdalas: momento, lugar...
 - 1.2. ¿Qué cambios han producido estos encuentros en tu vida?
- 2.- Releer el "Proceso de la relación con Jesús" que describíamos en el nº 5 del apartado JUZGAR y pensar en tu propio proceso
 - 2.1. ¿Te gustaría vivir una relación personal de fe con Jesús? ¿Cuál crees que es tu momento actual, teniendo como referencia el proceso descrito?
 - 2.2. Cuando miras tu historia personal, ¿puedes percibir un cambio en tu relación con Jesús?
 - 2.3. "Lo afectivo es lo efectivo" y una persona es determinante cuando me cambia el corazón. ¿Qué te dice eso de "pertenecer" a Jesús? Compara con otras experiencias de pertenencia ¿lo sientes como algo liberador y plenificante o como amenaza de tu libertad?
 - 2.4. ¿Cómo percibes la presencia de Jesús en tu vida? ¿Sigue siendo un personaje del pasado, el Señor del cielo, un modelo de conducta...o va tomando relevancia en ella? ¿Te crees que significas para Él o que, al menos, puedes significar? ¿Te asusta semejante regalo o lo deseas apasionadamente?
 - 2.5. ¿Qué podrías proponerte en concreto?
 - ¿Necesitarías leer un libro para acercarte a Su figura histórica? ¿Cuál?

- ¿Te vendría bien plantearte un rato diario de lectura y oración con el Evangelio? Sería conveniente un tiempo mínimo de 15 ó 20 minutos. ¿Cuándo lo vas a hacer? ¿Con qué textos?
- ¿Qué otra cosa...?

3.- Una propuesta concreta de lectura y oración con el evangelio: Jn 4

- Haz un acto de fe en la presencia de Jesús junto a ti y lee despacio el texto.
- Una escena cargada de resonancias: Jesús, una mujer, un pozo... ¿Qué te evoca esta primera presentación de los personajes?
- Un diálogo de relación que partiendo de lo más externo, penetra en el corazón, lo desenmascara, lo atrae...
- Jesús seduce, se te mete dentro Casi sin darte cuenta se te va haciendo tu Señor, y no por imposición sino por cercanía, por intimidad... Su autoridad es soberana pero no se impone, seduce, atrae, da vida...
- La misión (el envío del Señor) no será un deber, ni una carga, sino que nacerá del gozo del encuentro, del descubrimiento de la persona de Jesús.

4.- Una oportunidad para el encuentro con el Señor

- Ponte en presencia de Jesús Resucitado.
- Lee despacio Jn 7, 37-38, centrándose sólo en la persona de Jesús.
- Escucha estas palabras dirigidas personalmente a ti por Jesús resucitado
- ¿Qué resonancias suscitan en ti? Exprésaselas directamente a Jesús.



**HH. Carmelitas de la Caridad
PJV-C**

